

Sandoval traía un flechazo; é yo no fui en esta entrada, que estaba muy malo de calenturas y echaba sangre por la boca; é gracias á Dios, estuve bueno porque me sangraron muchas veces. E como Gonzalo de Sandoval habia dicho á los caciques de Xalacingo é Cacatami que viniesen á Cortés á demandar paces, no solamente vinieron aquellos pueblos solos, sino tambien otros muchos de la comarca, y todos dieron la obediencia á su majestad, y traian de comer á aquella villa adonde estábamos. E fué aquella entrada que hizo de mucho provecho, y se pacificó toda la tierra; y dende en adelante tenia Cortés tanta fama en todos los pueblos de la Nueva-España, lo uno de muy justificado y lo otro de muy esforzado, que á todos ponía temor, y muy mayor á Guatemuz, el señor y rey nuevamente alzado en Méjico; y tanta era la autoridad, ser y mando que habia cobrado nuestro Cortés, que venian ante él pleitos de indios de léjas tierras, en especial sobre cosas de cacicazgos y señoríos; que, como en aquel tiempo anduvo la viruela tan comun en la Nueva-España, fallecian muchos caciques, y sobre á quién le pertenecia el cacicazgo y ser señor y partir tierras ó vasallos ó bienes venian á nuestro Cortés, como á señor absoluto de toda la tierra, para que por su mano é autoridad alzase por señor á quien le pertenecia. Y en aquel tiempo vinieron del pueblo de Ozucar y Guacachula, otras veces ya por mí nombrado; porque en Ozúcar estaba casada una parienta muy cercana de Montezuma con el señor de aquel pueblo, y tenían un hijo que decian era sobrino del Montezuma, é segun parece, heredaba el señorío, é otros decian que le pertenecia á otro señor, y sobre ello tuvieron muy grandes diferencias, y vinieron á Cortés, y mandó que le heredase el pariente de Montezuma, y luego cumplieron su mandato; é así vinieron de otros muchos pueblos de á la redonda sobre pleitos, y á cada uno mandaba dar sus tierras y vasallos, segun sentia por derecho que les pertenecia. Y en aquella sazón tambien tuvo noticia Cortés que en un pueblo que estaba de allí seis leguas, que se decia Cocotlan, y le pusimos por nombre Castilblanco (como ya otras veces he dicho, dando la causa por qué se le puso este nombre), habian muerto nueve españoles, envió al mismo Gonzalo de Sandoval para que los castigase y los trajese de paz, y fué allá con treinta de á caballo y cien soldados, y ocho ballesteros y cinco escopeteros, y muchos tlascaltecas, que siempre se mostraron muy aficionados y eran buenos guerreros. Y después de hechos sus requerimientos y protestaciones, que vieron y les enviaron á decir otras muchas cosas de cumplimientos con cinco indios principales de Tepeaca, y si no venian que les daria guerra y haria esclavos. Y pareció ser estaban en aquel pueblo otros escuadrones de mejicanos en su guarda y amparo, y respondieron que señor tenían, que era Guatemuz; que no habian menester ni venir ni ir á llamado de otro señor; que si allá fuesen, que en el camino les hallarian, que no se les habian ahora fallecido las fuerzas menos que las tenían en Méjico y puentes y calzadas, é que ya sabian á qué tanto llegaban nuestras valentías. Y cuando aquello oyó Sandoval, puesta muy en orden su gente cómo habia de pelear, y los de á caballo y escopeteros, y ballesteros, mandó á

los tlascaltecas que no se metiesen en los enemigos al principio, porque no estorbasen á los caballos y porque no corriesen peligro, ó hiriesen algunos dellos con las ballestas y escopetas ó los atropellasen con los caballos, hasta haber rompido los escuadrones, y cuando los hubiesen desbaratado, que prendiesen á los mejicanos y siguiesen el alcance; y luego comenzó á caminar hácia el pueblo; y salen al camino y encuentro dos escuadrones de guerreros junto á unas fuerzas y barrancas, y allí estuvieron fuertes un rato, y con las ballestas y escopetas les hacian mucho mal; por manera que tuvo Sandoval lugar de pasar aquella fuerza é albarradas con los caballos; y aunque le hirieron nueve caballos, y uno murió, y tambien le hirieron cuatro soldados, como se vió fuera de mal paso é tuvo lugar por donde corriesen los caballos, y aunque no era buena tierra ni llano, que habia muchas piedras, da tras los escuadrones, rompiendo por ellos, que los llevó hasta el mismo pueblo, adonde estaba un gran patio, y allí tenían otra fuerza y unos cues, adonde se tornaron á hacer fuertes; y puesto que peleaban muy bravosamente, todavía los venció, y mató hasta siete indios, porque estaban en malos pasos; y los tlascaltecas no habian menester mandalles que siguiesen el alcance, que con la ganancia, como eran guerreros, ellos tenían el cargo, especialmente como sus tierras no estaban léjos de aquel pueblo; allí se hubieron muchas mujeres y gente menuda, y estuvo allí el Gonzalo de Sandoval dos días, y envió á llamar los caciques de aquel pueblo con unos principales de Tepeaca que iban en su compañía, y vinieron, y demandaron perdon de la muerte de los españoles, y Sandoval les dijo que si daban las ropas y hacienda que robaron de los que mataron, que se les perdonaria, y respondieron que todo lo habian quemado y que no tenían ninguna cosa, y que los que mataron, que los mas dellos habian ya comido, y que cinco teules enviaron vivos á Guatemuz, su señor, y que ya habian pagado la pena con los que agora les habian muerto en el campo y en el pueblo; que les perdonase, é que llevarian muy bien de comer y bastecerian la villa donde estaba Malinche. Y como el Gonzalo de Sandoval vió que no se podia hacer mas, les perdonó, y allí se ofrecieron de servir bien en lo que les mandasen; y con este recaudo se fué á la villa, y fué bien recibido de Cortés y de todos los del real. Donde dejó de hablar mas en ello, y digamos cómo se herraron todos los esclavos que se habian habido en aquellos pueblos y provincia, y lo que sobre ello se hizo.

CAPITULO CXXXV.

Cómo se recogieron todas las mujeres y esclavos de todo nuestro real que habiamos habido en aquello de Tepeaca y Caehula, Tecamechalco y en Castilblanco y en sus tierras, para que se herrasen con el hierro en nombre de su majestad, y lo que sobre ello pasó.

Como Gonzalo de Sandoval hubo llegado á la villa de Segura de la Frontera, de hacer aquellas entradas que ya he dicho, y en aquella provincia todos los teniamos ya pacíficos, y no teniamos por entonces dónde ir á entrar, porque todos los pueblos de los rededores habian dado la obediencia á su majestad, acordó Cortés, con

los oficiales del Rey, que se herrasen las piezas y esclavos que se habian habido, para sacar su quinto, después que se hubiese primero sacado el de su majestad, y para ello mandó dar pregones en el real é villa que todos los soldados llevásemos á una casa que estaba señalada para aquel efeto á herrar todas las piezas que tuviesen recogidas, y dieron de plazo aquel día que se pregono y otro; y todos ocurrimos con todas las indias, muchachas y muchachos que habiamos habido; que de hombres de edad no nos curábamos dellos, que eran malos de guardar, y no habiamos menester su servicio, teniendo á nuestros amigos los tlascaltecas. Pues ya juntas todas las piezas, y hecho el hierro, que era una G como esta, que queria decir guerra, cuando no nos catamos, apartan el real quinto, y luego sacan otro quinto para Cortés; y demás desto, la noche antes, cuando metimos las piezas, como he dicho, en aquella casa, habian ya escondido y tomado las mejores indias, que no pareció allí ninguna buena, y al tiempo del repartir dábannos las viejas y ruines; y sobre esto hubo muy grandes murmuraciones contra Cortés y de los que mandaban hurtar y esconder las buenas indias; y de tal manera se lo dijeron al mismo Cortés soldados de los de Narvaez, que juraban á Dios que no habian visto tal, haber dos reyes en la tierra de nuestro rey y señor y sacar dos quintos; y uno de los soldados que se lo dijeron fué un Juan Bono de Quejo; y mas dijo, que no estarian en tal tierra, y que lo harian saber en Castilla á su majestad y á los de su real consejo de Indias; y tambien dijo á Cortés otro soldado muy claramente que no bastó repartir el oro que se habia habido en Méjico de la manera que lo repartió, y que cuando estaba repartiendo las partes decia que eran trecientos mil pesos los que se habian llegado, y que cuando salimos huyendo de Méjico mandó tomar por testimonio que quedaban mas de setecientos mil, y que agora el pobre soldado que habia echado los bofes y estaba lleno de heridas por haber una buena india, y les habian dado enaguas y camisas, habian tomado y escondido las tales indias, y que cuando dieron el pregon para que se llevasen á herrar, que creyeron que á cada soldado volverian sus piezas y que apreciarian qué tantos pesos valian, y que como las apreciases pagasen el quinto á su majestad, y que no habria mas quinto para Cortés; y decian otras murmuraciones peores que estas; y como Cortés aquello vió, con palabras algo blandas dijo que juraba en su conciencia (que aquesto tenia costumbre de jurar) que de allí adelante no seria ni se haria de aquella manera, sino que buenas ó malas indias, sacallas al almoneda, y la buena que se venderia por tal, y la que no lo fuese por menos precio, y de aquella manera no ternian que reñir con él. Y puesto que allí en Tepeaca no se hicieron mas esclavos, mas después en lo de Tezcucó casi que fué desta manera, como adelante diré. Y dejaré de hablar en esta materia, y digamos otra cosa casi peor que esto de los esclavos, y es que ya he dicho en el capítulo que dello habla, cuando la triste noche que salimos de Méjico huyendo, cómo quedaban en la sala donde posaba Cortés muchas barras de oro perdido, que no lo podian sacar, mas de lo que cargaron en la yegua y caballos y muchos tlascaltecas, y lo

que hurtaron los amigos y otros soldados que cargaron dello; y como lo demás se quedaba perdido en poder de los mejicanos, Cortés dijo delante de un escribano del Rey que cualquiera que quisiese sacar oro de lo que allí quedaba, que se lo llevase mucho en buena hora por suyo, como se habia de perder; y muchos soldados de los de Narvaez cargaron dello, y asimismo algunos de los nuestros, y por sacallo perdieron muchos dellos las vidas, y los que escaparon con la presa que traian, habian estado en gran riesgo de morir y salieron llenos de heridas. Y como en nuestro real y villa de Segura de la Frontera, que así se llamaba, alcanzó Cortés á saber que habia muchas barras de oro, y que andaban en el juego, y como dice el refran que el oro y amores son malos de encubrir, mandó dar un pregon, so graves penas, que traigan á manifestar el oro que sacaron, y que les dará la tercia parte dello, y si no lo traen, que se lo tomará todo; y muchos soldados de los que lo tenían no lo quisieron dar, y á alguno se lo tomó Cortés como prestado, y mas por fuerza que por grado; y como todos los mas capitanes tenían oro, y aun los oficiales del Rey muy mejor, que hicieron sacos dello, se llamó lo del pregon, que no se habló en ello; mas pareció muy mal esto que mandó Cortés. Dejémoslo ya de mas declarar, y digamos cómo todos los mas capitanes y personas principales de los que pasaron con Narvaez demandaron licencia á Cortés para se volver á Cuba, y Cortés se la dió, y lo que mas acaeció.

CAPITULO CXXXVI.

Cómo demandaron licencia á Cortés los capitanes y personas mas principales de los que Narvaez habia traído en su compañía para se volver á la isla de Cuba, y Cortés se la dió y se fueron. Y de cómo despachó Cortés embajadores para Castilla y para Santo Domingo y Jamáica, y lo que sobre cada cosa acaeció.

Como vieron los capitanes de Narvaez que ya teniamos socorros, así de los que vinieron de Cuba como los de Jamáica que habia enviado Francisco de Garay para su armada, segun lo tengo declarado en el capítulo que dello habla, y vieron que los pueblos de la provincia de Tepeaca estaban pacíficos, después de muchas palabras que á Cortés dijeron, con grandes ofertas y ruegos le suplicaron que les diese licencia para se volver á la isla de Cuba, pues se lo habia prometido, y luego Cortés se la dió, y les prometió que si volvía á ganar la Nueva-España y ciudad de Méjico, que al Andrés de Duero, su compañero, que le daria mucho mas oro que le habia de antes dado; y así hizo otras ofertas á los demás capitanes, en especial á Agustin Bermudez, y les mandó dar matalotaje que en aquella sazón habia, que era maíz y perrillos salados y algunas gallinas, y un navío de los mejores, y escribió Cortés á su mujer Catalina Juarez la Marcáida y á Juan Nuñez, su cuñado, que en aquella sazón vivia en la isla de Cuba, y les envió ciertas barras y joyas de oro, y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habian acaecido, y cómo nos echaron de Méjico. Dejemos esto, y digamos las personas que pidieron la licencia para se volver á Cuba, que todavía iban ricos, y fueron Andrés de Duero y Agustin Bermudez, y Juan Bono de Quejo y Bernardino de Quesada, y Francisco Velazquez el corcovado, pariente del Diego

Velazquez el gobernador de Cuba, y Gonzalo Carrasco el que vive en la Puebla, que después se volvió á esta Nueva-España, y un Melchor de Velasco, que fué vecino de Guatimala, y un Jimenez que vive en Guajaca, que fué por sus hijos, y el comendador Leon de Cervantes, que fué por sus hijas, que después de ganado Méjico las casó muy honradamente; y se fué uno que se decia Maldonado, natural de Medellin, que estaba doliente; no digo Maldonado el que fué marido de doña María del Rincon, ni por Maldonado el ancho, ni otro Maldonado que se decia Alvaro Maldonado el fiero, que fué casado con una señora que se decia María Arias; y tambien se fué un Vargas, vecino de la Trinidad, que le llamaban en Cuba Vargas el galan; no digo el Vargas que fué suegro de Cristóbal Lobo, vecino que fué de Guatimala; y se fué un soldado de los de Cortés, que se decia Cárdenas, piloto; aquel Cárdenas fué el que dijo á un su compañero qué ¿cómo podíamos reposar los soldados teniendo dos reyes en esta Nueva-España? Este fué á quien Cortés dió trecientos pesos para que se fuese con su mujer é hijos. Y por excusar prolijidad de ponellos todos por memoria, se fueron otros muchos que no me acuerdo bien sus nombres; y cuando Cortés les dió la licencia, dijimos que para qué se la daba, pues que éramos pocos los que quedábamos; y respondió que por excusar escándalos é importunaciones, y que ya veíamos que para la guerra algunos de los que se volvian á Cuba no lo eran, y que valia mas estar solos que mal acompañados; y para los despachar del puerto envió Cortés á Pedro de Albarado; y en habiéndolos embarcado, le mandó que se volviese luego á la villa. Y digamos ahora que tambien envió á Castilla á Diego de Ordás y á Alonso de Mendoza, natural de Medellin y de Cáceres, con ciertos recaudos de Cortés, que yo no sé otros que llevase nuestros, ni nos dió parte de cosa de los negocios que enviaba á tratar con su majestad, ni lo que pasó en Castilla yo no lo alcancé á saber, salvo que á boca llena decia el obispo de Búrgos delante del Diego de Ordás que así Cortés como todos los soldados que pasamos con él éramos malos y traidores, puesto que el Ordás sé cierto respondia muy bien por todos nosotros; y entonces le dieron al Ordás una encomienda de señor Santiago, y por armas el volcan que está entre Guaxocingo y cerca de Cholula; y lo que negoció adelante lo diré, segun lo supimos por carta. Dejemos esto aparte, y diré cómo Cortés envió á Alonso de Avila, que era capitán y contador desta Nueva-España, y juntamente con él envió otro hidalgo que se decia Francisco Alvarez Chico, que era hombre que entendia de negocios; y mandó que fuesen con otro navío para la isla de Santo Domingo, á hacer relacion de todo lo acaecido á la real audiencia que en ella residia, y á los frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, que tuviesen por bueno lo que habiamos hecho en las conquistas y el desbarate de Narvaez, y cómo habia hecho esclavos en los pueblos que habian muerto españoles y se habian quitado de la obediencia que habian dado á nuestro rey y señor, y que así se entendia hacer en todos lo mas pueblos que fueron de la liga y nombre de mejicanos; y que suplicaba que hiciese relacion dello en Castilla á nuestro gran empe-

rador, y tuviesen en la memoria los grandes servicios que siempre le hacíamos, y que por su intercesion y de la real audiencia fuésemos favorecidos con justicia contra la mala voluntad y obras que contra nosotros trataba el obispo de Búrgos y arzobispo de Rosano; y tambien envió otro navío á la isla de Jamáica por caballos é yeguas, y el capitán que con él fué se decia Fulano de Solís, que después de ganado Méjico le llamamos Solís el de la huerta, yerno de uno que se decia el bachiller Ortega. Bien sé que dirán algunos curiosos letores que sin dineros cómo enviaba al Diego de Ordás á negocios á Castilla; pues está claro que para Castilla y para otras partes son menester dineros; y que asimismo envió á Alonso de Avila y á Francisco Alvarez Chico á Santo Domingo á negocios, y á la isla de Jamáica por caballos é yeguas. A esto digo que, como al salir de Méjico salimos huyendo la noche por muchas veces referida, que, como quedaban en la sala muchas barras de oro perdido en un monton, que todos los mas soldados apañaban dello, en especial los de á caballo, y los de Narvaez mucho mejor, y los oficiales de su majestad que lo tenían en poder y cargo llevaron los fardos hechos. Y demás desto, cuando se cargaron de oro mas de ochenta indios tlascaltecas por mandado de Cortés, y fueron los primeros que salieron en las puentes, vista cosa era que salvarian muchas cargas dello, que no se perderia todo en la calzada; y como nosotros los pobres soldados que no teniamos mando, sino ser mandados, en aquella sazón procurábamos desalvar nuestras vidas, y después de curar nuestras heridas, á esta causa no mirábamos en el oro, si salieron muchas cargas dello en las puentes ó no, ni se nos daba mucho por ello; y Cortés con algunos de nuestros capitanes lo procuraron de haber de algunos de los tlascaltecas que lo sacaron, y tuvimos sospecha que los cuarenta mil pesos de las partes de los de la Villa-Rica, que tambien lo hubo y echó fama que lo habian robado, y con ello envió á Castilla á los negocios de su persona y á comprar caballos, y á la isla de Santo Domingo á la audiencia real; porque en aquel tiempo todos se callaban con las barras de oro que tenían, aunque mas pregonos habian dado. Dejemos esto, y digamos como ya estaban de paz todos los pueblos comarcas de Tepeaca, acordó Cortés que quedase en la villa de Segura de la Frontera por capitán un Francisco de Orozco con obra de veinte soldados que estaban heridos y dolientes; y con todos los mas de nuestro ejército fuimos á Tlascala, y se dió orden que se cortase madera para hacer trece bergantines para ir otra vez sobre Méjico; porque hallábamos por muy cierto que para la laguna, sin bergantines no la podíamos señorear ni podiamos dar guerra, ni entrar otra vez por las calzadas en aquella gran ciudad sino con gran riesgo de nuestras vidas; y el que fué maestro de cortar la madera y dar el galibo y cuenta y razon cómo habian de ser veleros y ligeros para aquel efeto, y los hizo, fué un Martin Lopez, que ciertamente, demás de ser un buen soldado, en todas las guerras sirvió muy bien á su majestad. En esto de los bergantines trabajó en ellos como fuerte varon; y me parece que si por dicha no viniera en nuestra compañía de los primeros, como vino, que

hasta enviar por otro maestro á Castilla se pasara mucho tiempo, ó no viniera ninguno. Volveré á nuestra materia, é digamos ahora que cuando llegamos á Tlascala ya era fallecido de viruelas nuestro gran amigo y muy leal vasallo de su majestad Masse-Escaci, de la cual muerte nos pesó á todos; y Cortés lo sintió tanto, como él decia, como si fuera su padre, y se puso luto de mantas negras, y asimismo muchos de nuestros capitanes y soldados; y á sus hijos y parientes del Masse-Escaci Cortés y todos nosotros les haciamos mucha honra; y porque en Tlascala habia diferencias sobre el mando y cacicazgo, señaló y mandó que lo fuese un su hijo legítimo del Masse-Escaci, porque así se lo habia mandado su padre antes que muriese; y aun dijo á sus hijos y parientes que mirasen que no saliesen del mandado de Malinche y de sus hermanos, porque ciertamente éramos los que habiamos de señorear estas tierras, y les dió otros muchos buenos consejos. Dejemos ya de contar del Masse-Escaci, pues ya es muerto, y digamos de Xicotenga el viejo y de Chichimecatecle y de todos los demás caciques de Tlascala, que se ofrecieron de servir á Cortés, así en cortar la madera para los bergantines como para todo lo demás que les quisiesen mandar en la guerra contra mejicanos, é Cortés los abrazó con mucho amor y les dió gracias por ello, especialmente á Xicotenga el viejo y á Chichimecatecle; y luego procuró que se volviese cristiano, y el buen viejo de Xicotenga de buena voluntad dijo que lo queria ser, y con la mayor fiesta que en aquella sazón se pudo hacer, en Tlascala le bautizó el padre de la Merced, y le puso nombre don Lorenzo de Vargas. Volvamos á decir de nuestros bergantines, que el Martin Lopez se dió tanta priesa en cortar la madera, con la gran ayuda de los indios que le ayudaban, que en pocos dias la tenia ya cortada toda, y señalada su cuenta en cada madero para qué parte y lugar habia de ser, segun tienen sus señales los oficiales, maestros y carpinteros de ribera; y tambien le ayudaba otro buen soldado que se decia Andres Nuñez, é un viejo carpintero que estaba cojo de una herida, que se decia Ramirez el viejo; y luego despachó Cortés á la Villa-Rica por mucho hierro y clavazon de los navios que dimos al través, y por áncoras y velas é jarcias y cables y estopa, y por todo aparejo de hacer navios, y mandó venir todos los herreros que habia, y á un Hernando de Aguilar, que era medio herrero, que ayudaba á machacar; y porque en aquel tiempo habia en nuestro real tres hombres que se decian Aguilar, llamamos á este Hernando de Aguilar Maja-hierro; y envió por capitán á la Villa-Rica, por los aparejos que he dicho, para mandallo traer, á un Santa Cruz, burgalés, regidor que después fué de Méjico, persona muy buen soldado y diligente; y hasta las calderas para hacer brea, y todo cuanto de antes habian sacado de los navios, trujo con mas de mil indios, que todos los pueblos de aquellas provincias, enemigos de mejicanos, luego se los daban para traer las cargas. Pues como no teniamos pez para crear, ni aun los indios lo sabian hacer, mandó Cortés á cuatro hombres de la mar, que sabian de aquel oficio, que en unos pinares cerca de Guaxocingo, que los hay buenos, fuesen á hacer la pez. Pasemos adelante, puesto

que no va muy á propósito de la materia en que estaba hablando, que me han preguntado ciertos caballeros curiosos, que conocian muy bien á Alonso de Avila, que cómo, siendo capitán y muy esforzado, y era contador de la Nueva-España, y siendo belicoso y de su inclinacion mas para guerra que no ir á solicitar negocios con los frailes jerónimos que estaban por gobernadores de todas las islas, ¿por qué causa le envió Cortés, teniendo otros hombres que estaban mas acostumbrados á negocios, como era un Alonso de Grado ó un Juan de Cáceres el rico, y otros que me nombraron? A esto digo que Cortés le envió al Alonso de Avila porque sintió dél ser muy varon, y porque osaria responder por nosotros conforme á justicia; y tambien le envió por causa que, como el Alonso de Avila habia tenido diferencias con otros capitanes, y tenia gran atrevimiento de decir á Cortés cualquiera cosa que veia que convenia decille, y por excusar ruidos y por dar la capitania que tenia á Andrés de Tapia, y la contaduria á Alonso de Grado, como luego se la dió, por estas razones le envió. Volvamos á nuestra relacion: pues viendo Cortés que ya era cortada la madera para los bergantines, y se habian ido á Cuba las personas por mí nombradas, que eran de los de Narvaez, que los teniamos por sobre huesos, especialmente poniendo temores que siempre nos ponian, que no seriamos bastantes para resistir el gran poder de mejicanos, cuando oian que deciamos que habiamos de ir á poner cerco sobre Méjico; y libres de aquellos temores, acordó Cortés que fuésemos con todos nuestros soldados á Tezcuco, é sobre ello hubo grandes y muchos acuerdos; porque unos soldados decian que era mejor sitio y acequias y zanjas para hacer los bergantines, en Ayocingo, junto á Chalco, que no en la zanja y estero de Tezcuco; y otros porfiaban que mejor seria en Tezcuco, por estar en parte y sitio y cerca de muchos pueblos; y que teniendo aquella ciudad por nosotros, desde allí haríamos entradas en las tierras comarcas de Méjico; y puestos en aquella ciudad, tomaríamos el mejor parecer como sucediesen las cosas. Pues ya que estaba acordado lo por mí dicho, viene nueva y cartas, que trujeron tres soldados, de cómo habia venido á la Villa-Rica un navío de Castilla y de las islas de Canaria, de buen porte, cargado de muchas ballestas y tres caballos, é muchas mercaderías, escopetas, pólvora é hilo de ballestas, y otras armas; y venia por señor de la mercadería y navío un Juan de Búrgos, y por maestre un Francisco Medel, y venian trece soldados; y con aquella nueva nos alegramos en gran manera, y si de antes que supiésemos del navío nos dábamos priesa en la partida para Tezcuco, mucho mas nos dimos entonces, porque luego le envió Cortés á comprar todas las armas y pólvora y todo lo mas que traia, y aun el mismo Juan de Búrgos y el Medel y todos los pasajeros que traia se vinieron luego para donde estábamos; con los cuales recibimos contento, viendo tan buen socorro y en tal tiempo. Acuérdomo que entonces vino un Juan del Espinar, vecino que fué de Guatimala, persona que fué muy rico; y tambien vino un Sagredo, tio de una mujer que se decia la Sagrada, que estaba en Cuba, naturales de la villa de Medellin; tambien vino un viz-

caño que se decía Monjaraz, tío que decía ser de Andrés de Monjaraz y Gregorio de Monjaraz, soldados que estaban con nosotros, y padre de una mujer que después vino á Méjico, que se decía la Monjaraza, muy hermosa mujer. He traído aquí esto á la memoria por lo que adelante diré, y es que jamás fué el Monjaraz á guerra ninguna ni entrada con nosotros, porque andaba doliente en aquel tiempo; é ya que estaba muy bueno y sano é presumía de muy valiente soldado, cuando teníamos puesto cerco á Méjico dijo el Monjaraz que quería ir á ver cómo batallábamos con los mejicanos; porque no tenía á los mejicanos ni á otros indios por valientes; y fué, y se subió en un alto cu, como torrecilla, y nunca supimos cómo ni de qué manera le mataron indios en aquel mismo día, y muchas personas dijeron, que le habían conocido en la isla de Santo Domingo, que fué permission divina que muriese aquella muerte, porque había muerto á su mujer, muy honrada y buena y hermosa, sin culpa ninguna, y que buscó testigos falsos que juraron que le hacía maleficio. Quiero dejar ya de contar cosas pasadas, y digamos cómo fuimos á la ciudad de Tezcuco, y lo que mas pasó.

CAPITULO CXXXVII.

Cómo caminamos con todo nuestro ejército camino de la ciudad de Tezcuco, y lo que en el camino nos avino, y otras cosas que pasaron.

Como Cortés vió tan buena prevención, así de escopetas y pólvora y ballestas y caballos, y conoció de todos nosotros, así capitanes como soldados, el gran deseo que teníamos de estar ya sobre la gran ciudad de Méjico, acordó de hablar á los caciques de Tlascala para que le diesen diez mil indios de guerra que fuesen con nosotros aquella jornada hasta Tezcuco, que es una de las mayores ciudades que hay en toda la Nueva-España, después de Méjico; y como se lo demandó y les hizo un buen parlamento sobre ello, luego Xicotenga el viejo, que en aquella sazón se había vuelto cristiano y se llamó don Lorenzo de Várgas, como dicho tengo, dijo que le placía de buena voluntad, no solamente diez mil hombres, sino muchos mas si los quería llevar, y que iría por capitán dellos otro cacique muy esforzado é nuestro gran amigo que se decía Chichimecatecle, y Cortés le dió las gracias por ello; y después de hecho nuestro alarde, que ya no me acuerdo bien qué tanta copia éramos, así de soldados como de los demás, un día después de la pascua de Navidad del año de 1520 años comenzamos á caminar con mucho concierto, como lo teníamos de costumbre; fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y los del mismo pueblo nos dieron lo que habíamos menester de allí adelante; era tierra de mejicanos, é íbamos mas recatados, nuestra artillería puesta en mucho concierto, y ballesteros y escopeteros, y siempre cuatro corredores del campo á caballo, y otros cuatro soldados de espada y rodela muy sueltos, juntamente con los de á caballo para ver los pasos si estaban para pasar caballos, porque en el camino tuvimos aviso que estaba embarazado de aquel día un mal paso, y la sierra con árboles cortados, porque bien tuvieron noticia en Méjico y en Tezcuco cómo caminábamos há-

cia su ciudad, y aquel día no hallamos estorbo ninguno, y fuimos á dormir al pié de la sierra, que serian tres leguas, y aquella noche tuvimos buen frío, y con nuestras rondas y espías y velas y corredores del campo la pasamos; y cuando amaneció comenzamos á subir un puertezuelo y unos malos pasos como barrancas, y estaba cortada la sierra, por donde no podíamos pasar, y puesta mucha madera y pinos en el camino; y como llevábamos tantos amigos tlascaltecas, de presto se des- embarazó, y con mucho concierto caminamos con una capisania de escopetas y ballestas delante, y con nuestros amigos cortando y apartando árboles para poder pasar los caballos, hasta que subimos la sierra, y aun bajamos un poco abajo adonde se descubria la laguna de Méjico y sus grandes ciudades pobladas en el agua; y cuando la vimos dimos muchas gracias á Dios, que nos la tornó á dejar ver. Entonces nos acordamos de nuestro desbarate pasado, de cuando nos echaron de Méjico, y prometimos, si Dios fuese servido de darnos mejor suceso en esta guerra, de ser otros hombres en el trato y modo de cercarla; y luego bajamos la sierra, donde vimos grandes ahumadas que hacían, así los de Tezcuco como los de los pueblos sujetos; é andando mas adelante, topamos con un buen escuadrón de gente, guerreros de Méjico y de Tezcuco, que nos aguardaban á un mal paso, que era un arcabuzo donde estaba una puente como quebrada, de madera, algo honda, y corría un buen golpe de agua; mas luego desbaratamos los escuadrones y pasamos muy á nuestro salvo. Pues oír la grita que nos daban desde las estancias y barrancas, no hacían otra cosa, y era en parte que no podían correr caballos, y nuestros amigos los tlascaltecas les apañaban gallinas, y lo que podían roballes no les dejaban, puesto que Cortés les mandaba que si no diesen guerra, que no se la diesen; y los tlascaltecas decían que si estuvieran de buenos corazones y de paz, que no salieran al camino á darnos guerra, como estaban al paso de las barrancas y puente para no nos dejar pasar. Volvamos á nuestra materia, y digamos cómo fuimos á dormir á un pueblo sujeto de Tezcuco, y estaba despoblado, y puestas nuestras velas y rondas y escuchas y corredores del campo, y estuvimos aquella noche con cuidado no diesen en nosotros muchos escuadrones de mejicanos guerreros que estaban aguardándonos en unos malos pasos; de lo cual tuvimos aviso porque se prendieron cinco mejicanos en la puente primera que dicho tengo, y aquellos dijeron lo que pasaba de los escuadrones, y segun después supimos, no se atrevieron á darnos guerra ni á mas aguardar; porque, segun pareció, entre los mejicanos y los de Tezcuco tuvieron diferencias y bandos; y tambien, como aun no estaban muy sanos de las viruelas, que fué dolencia que en toda la tierra dió y cundió, y como habían sabido cómo en lo de Guacachula é Ozucar, y en Tepeaca y Xalacingo y Castilblanco todas las guarniciones mejicanas habíamos desbaratado, y asimismo corría fama, y así lo creían, que iban con nosotros en nuestra compañía todo el poder de Tlascala y Guaxocingo, acordaron de no nos aguardar; y todo esto nuestro Señor Jesucristo lo encaminaba; y desde amaneció, puestos todos nosotros en gran concierto, así artillería como escopetas y ballestas, y los corredores

del campo adelante descubriendo tierra, comenzamos á caminar hácia Tezcuco, que seria de allí de donde dormimos obra de dos leguas; é aun no habíamos andado media legua cuando vimos volver nuestros corredores del campo muy alegres, y dijeron á Cortés que venían hasta diez indios, y que traían unas señas y veletas de oro, y que no traían armas ningunas, y que en todas las caserías y estancias por donde pasaban no les daban grita ni voces como habían dado el día antes; antes, al parecer, todo estaba de paz; y Cortés y todos nuestros capitanes y soldados nos alegramos, y luego mandó Cortés reparar, hasta que llegaron siete indios principales, naturales de Tezcuco, y traían una bandera de oro en una lanza larga, y antes que llegasen abajaron su bandera y se humillaron, que es señal de paz; y cuando llegaron ante Cortés, estando doña Marina é Jerónimo de Aguilar, nuestras lenguas, delante, dijeron: «Malinche, Cociovacin, nuestro señor y señor de Tezcuco, te envía á rogar que le quieras recibir á tu amistad, y te está esperando de paz en su ciudad de Tezcuco, y en señal dello recibe esta bandera de oro; y que te pide por merced que mandes á todos los tlascaltecas é á tus hermanos que no les hagan mal en su tierra, y que te vayas á aposentar en su ciudad, y él te dará lo que hubieres menester;» y mas dijeron, que los escuadrones que allí estaban en las barrancas y pasos malos, que no eran de Tezcuco, sino mejicanos, que los enviaba Guatemuz. Y cuando Cortés oyó aquellas paces holgó mucho dellas, y asimismo todos nosotros, é abrazó á los mensajeros, en especial á tres dellos, que eran parientes del buen Montezuma, y los conocimos todos los mas soldados, que habían sido sus capitanes; y considerada la embajada, luego mandó Cortés llamar los capitanes tlascaltecas, y les mandó muy afectuosamente que no hiciesen mal ninguno ni les tomasen cosa ninguna en toda la tierra, porque estaban de paz; y así lo hacían como se lo mandó; mas comida no se les defendía si era solamente maíz é frisoles, y aun gallinas y perrillos, que había muchos en todas las casas, llenas dello; y entonces Cortés tomó consejo con nuestros capitanes, y á todos les pareció que aquel pedir de paz y de aquella manera que era fingido; porque si fueran verdaderas no vinieran tan arrebatadamente, y aun trujeran bastimento; y con todo esto, recibió Cortés la bandera, que valía hasta ochenta pesos, y dió muchas gracias á los mensajeros, y les dijo que no tenían por costumbre de hacer mal ni daño á ningunos vasallos de su majestad; antes les favorecía y miraba por ellos, y que si guardaban las paces que decían, que les favorecía contra los mejicanos, y que ya había mandado á los tlascaltecas que no hiciesen daño en su tierra, como habían visto, y que así lo cumplirían adelante; y que bien sabía que en aquella ciudad mataron sobre cuarenta españoles nuestros hermanos cuando salimos de Méjico, y sobre ducientos tlascaltecas, y que robaron muchas cargas de oro y otros despojos que dellos hubieron; que ruega á su señor Cociovacin é á todos los mas caciques y capitanes de Tezcuco que le den el oro y ropa, y que la muerte de los españoles, que pues ya no tenía remedio, que no se les pediria; y respondieron aquellos mensajeros que ellos lo dirían á su señor así

como se lo mandaba; mas que el que los mandó matar fué el que en aquel tiempo alzaron en Méjico por señor después de muerto Montezuma, que se decía Coadlauaca, é hubo todo el despojo, y le llevaron á Méjico todos los mas teules, y que luego los sacrificaron á su Huichilóbos; y como Cortés vió aquella respuesta, por no los resabiar ni atemorizar, no les replicó en ello sino que fuesen con Dios, y quedó uno dellos en nuestra compañía, y luego nos fuimos á unos arrabales de Tezcuco, que se decían Guautinchan ó Huachutan, que ya se me olvidó el nombre, y allí nos dieron bien de comer y todo lo que hubimos menester, y aun derribamos unos ídolos que estaban en unos aposentos donde posábamos, y otro día de mañana fuimos á la ciudad de Tezcuco, y en todas las calles ni casas no vimos mujeres ni muchachos ni niños, sino todos los indios como asombrados y como gente que estaba de guerra, y fuimos á aposentar á unos aposentos y salas grandes, y luego mandó Cortés llamar á nuestros capitanes y todos los mas soldados, y nos dijo que no saliésemos de unos patios grandes que allí había, y que estuviésemos muy apercebidos, porque no le parecía que estaba aquella ciudad pacífica, hasta ver cómo y de qué manera estaba, y mandó al Pedro de Albarado y á Cristóbal de Oli é á otros soldados, y á mí con ellos, que subiésemos al gran cu, que era bien alto, y llevásemos hasta veinte escopeteros para nuestra guarda, y que mirásemos desde el alto cula laguna y la ciudad, porque bien se parecía toda; y vimos que todos los moradores de aquellas poblaciones se iban con sus haciendas y hatos é hijos y mujeres, unos á los montes y otros á los carizales que hay en la laguna, que toda iba cuajada de canoas, dellas grandes y otras chicas; y como Cortés lo supo, quiso prender al señor de Tezcuco que envió la bandera de oro, y cuando le fueron á llamar ciertos papas que envió Cortés por mensajeros, ya estaba puesto en cobro, que él fué el primero que se fué huyendo á Méjico, y fueron con él otros muchos principales. Y así se pasó aquella noche, que tuvimos grande recaudo de velas y rondas y espías, y otro día muy de mañana mandó llamar Cortés á todos los mas principales indios que había en Tezcuco; porque, como es gran ciudad, había otros muchos señores, partes contrarias del cacique que se fué huyendo, con quien tenían debates y diferencias sobre el mando y reino de aquella ciudad; y venidos ante Cortés, informado dellos cómo y de qué manera y desde qué tiempo acá señoreaba el Cociovacin, dijeron que por codicia de reinar había muerto malamente á su hermano mayor, que se decía Cuxcuxca, con favor que para ello le dió el señor de Méjico, que ya he dicho que se decía Coadlauaca, el cual fué el que nos dió la guerra cuando salimos huyendo después de muerto Montezuma; é que allí había otros señores á quien venía el reino de Tezcuco mas justamente que no al que lo tenía, que era un mancebo que luego en aquella sazón se volvió cristiano con mucha solemnidad, y le bautizó el fraile de la Merced, y se llamó don Hernando Cortés, porque fué su padrino nuestro capitán. E aqueste mancebo dijeron que era hijo legítimo del señor y rey de Tezcuco, que se decía su padre Nezabal Pintzintli; y luego sin mas dilaciones, con grandes fiestas y rego-